

## LOS LÍMITES DEL LAICISMO\*

**E**n 1830, un joven aristócrata francés visitó Estados Unidos para observar el nuevo fenómeno de la democracia estadounidense, construida sobre el principio de separación de iglesia y Estado. Como es lógico, también esperaba encontrarse con una sociedad laica, un lugar donde la religión, al haber sido desprovista de poder, no ejerciera ninguna influencia. Lo que encontró fue justo lo contrario: una sociedad que de hecho era muy religiosa, una sociedad donde, según sus palabras, la religión era “la primera institución política”. O como diríamos hoy, la primera institución civil.

Este joven aristócrata era Alexis de Tocqueville, y en el libro que escribió sobre sus experiencias, concretamente su experiencia sobre la democracia estadounidense, dijo “Los filósofos del siglo XVIII explicaban el debilitamiento gradual de las creencias de una forma muy simple. El celo religioso, decían, se apagará a medida que aumenten la libertad y la ilus-

---

Lord Jonathan Sacks es el líder espiritual de la United Synagogue, la mayor comunidad judía del Reino Unido, y el Gran Rabino de la Commonwealth.

\* Este artículo fue originalmente publicado por la revista *Standpoint* ([www standpointmag.co.uk](http://www standpointmag.co.uk)) en su número de enero/febrero de 2012. <http://www standpointmag.co.uk/node/4264>. El texto es una versión editada de la primera conferencia de la serie “Judaísmo y Modernidad”, celebrada el 10 de octubre de 2011 por la Congregación de Judíos Españoles y Portugueses en Londres, en colaboración con *Standpoint*. Traducción de Estefanía Pipino.

tración”. En otras palabras, Tocqueville estaba diciendo que todo intelectual del siglo XVIII que se preciase de serlo pensaba que la religión estaba muriéndose, que estaba en cuidados intensivos, y que solo necesitaba un poco de ayuda para acabar; el suicidio asistido. “Es lamentable –dice Tocqueville– que los hechos no estén de acuerdo con esta teoría”. Así que planteaba esta pregunta: ¿cómo es que la religión no se había muerto, si todos habían dicho que lo haría?

Han pasado 180 años desde que Tocqueville escribiera estas palabras, pero hasta hace bien poco los intelectuales seguían cometiendo el mismo error. En Estados Unidos hoy, por ejemplo, el porcentaje de personas que asisten semanalmente a un lugar de culto es mayor que el de Irán: 40% en Estados Unidos, 39% en Irán. Es más, en China hoy, medio siglo después de que el presidente Mao declarase que China era un país laico, hay más cristianos practicantes que miembros del Partido Comunista. De una u otra forma, la religión no ha muerto.

En 2009, el editor y el corresponsal en Washington de *The Economist*, John Micklethwait y Adrian Wooldridge respectivamente, publicaron un libro, *God is Back*, un título extraordinario viniendo del personal de esa revista. En 2000, el sociólogo de Harvard Robert Putnam, publicó un libro titulado *Solo en la bolera*, donde desarrollaba su famosa tesis de que más estadounidenses que nunca juegan a los bolos, pero menos que nunca se unen a clubs o ligas de bolos. En otras palabras, van a los bolos solos. Putnam utilizó esto como un símbolo de la pérdida del sentido de comunidad en Estados Unidos, la pérdida de lo que los economistas y sociólogos estadounidenses denominan “capital social”. Así que en 2000 argumentaba que ya no quedaba capital social en Estados Unidos.

Diez años más tarde publicaba un libro titulado *American Grace*, donde documentaba su descubrimiento de que el capital social está vivo y goza de buena salud en Estados Unidos, y en un lugar más que en ningún otro: en los centros de culto. Cuatro años de investigación le valieron a Putnam para descubrir que si una persona acude regularmente a la iglesia o sinagoga, es más probable que done dinero a la beneficencia que si no va regularmente. También es más probable que realice trabajos voluntarios para la beneficencia.

cia, que dé dinero a una persona sin techo, entregue vueltas de más a un dependiente, done sangre, ayude a un vecino con las bolsas de la compra, ayude a alguien con las tareas del hogar, pase tiempo con alguien que esté deprimido, permita que un conductor se te cuele con el coche, ofrezca un asiento a un extraño o ayude a alguien a encontrar trabajo. Entre todas las buenas obras exploradas en la encuesta, no hay ninguna que los estadounidenses laicos hagan con más frecuencia que sus homólogos religiosos.

Pero esto va más allá: los fieles habituales también son ciudadanos más activos. Es más probable que pertenezcan a organizaciones comunitarias, sobre todo aquellas que tienen que ver con gente joven, sanidad, arte u ocio. Es más probable que se unan a grupos de vecinos, o a asociaciones cívicas profesionales o fraternales. En estos grupos, es más probable que sean encargados o miembros del comité. Tienen una parte más activa en la vida cívica local, desde las elecciones locales a las asociaciones fraternales. Tienen una representación desproporcionada entre los activistas locales que luchan por reformas sociales o políticas. Acuden, se involucran, dirigen. Y hay un gran margen de diferencia entre ellos y los estadounidenses laicos.

La religiosidad resulta ser el mejor indicador de participación cívica, ofrece datos más precisos que la educación, la edad, los ingresos, el sexo o la raza. Además, es más probable que las personas religiosas que asistan de forma regular a la iglesia o sinagoga se declaren felices y también vivan más tiempo. El libro de Putnam demuestra que la religión no solo no ha muerto, sino que es una fuente fundamental y primordial para la comunidad y el altruismo. Asimismo, Putnam afirma que las investigaciones en el Reino Unido –pendiente de publicación– confirman lo mismo.

Más recientemente, el historiador escocés Niall Ferguson expuso algo sorprendente en el final de su libro *Civilización: Occidente y el resto*, al relatar la investigación llevada a cabo por la Academia China de Ciencias Sociales sobre cómo Occidente adelantó a China. Hasta el 1500, China estaba por delante de Occidente en prácticamente todos los aspectos relacionados con la tecnología: impresión, cerámica, tejidos, molinos de agua, etc. Pero a partir del 1500, Occidente adelantó a China y se mantuvo por delante hasta hace poco. Así que se encargó a la Academia China de Cien-

cias Sociales que averiguase qué era lo que daba a Occidente su ventaja diferenciadora, y los académicos chinos encargados de esta investigación informaron de lo siguiente:

“Al principio pensamos que se trataba de vuestras armas, teníais armas mejores y más grandes que las nuestras. Luego investigamos un poco más y descubrimos que no, que se trataba de vuestro sistema político, era la democracia lo que os había permitido tener mejores armas. Luego indagamos todavía más y nos dimos cuenta de que era vuestro mercado, vuestro sistema económico os dio la democracia que, a su vez, os dio las mejores armas. Pero en los últimos veinte años nos hemos dado cuenta de que era vuestra religión”.

Este fue el descubrimiento de la Academia China de Ciencias Sociales. Escribí un artículo bastante pícaro sobre este tema para *The Times* en el que decía que si decides “comprar” el cristianismo, uno puede descubrir que su producto lleva la etiqueta “*Made in China*”, pero que aun así merece la pena comprarlo.

Así que ahí está: la prueba de que los intelectuales han malinterpretado sistemáticamente la naturaleza de la religión y la práctica religiosa y se han dedicado a pensar, durante casi tres siglos, que la religión estaba a punto de desaparecer, pero no lo ha hecho. En ciertas partes del planeta está creciendo. Es más probable que el siglo XXI sea más religioso que el XX. Es interesante el hecho de que la religión está creciendo especialmente en lugares como China, donde la economía también está creciendo.

Debemos preguntarnos por qué esto es así, ya que en realidad es bastante extraño. Consideremos lo siguiente: cada función que antes cumplía la religión ahora puede satisfacerse por otro medio. En otras palabras, si se quiere explicar el mundo, no se necesita el *Génesis*; se tiene la ciencia. Si se quiere controlar el mundo, no es necesario rezar; se tiene la tecnología. Si se quiere prosperar, no es forzosamente necesario buscar la bendición de Dios; se tiene la economía global. Si se quiere controlar el poder, ya no se necesitan profetas; se tiene la democracia liberal y las elecciones.

Si se está enfermo, no se necesita un cura; se puede ir a un médico. Si uno se siente culpable, no hay que confesarse; se puede visitar un psicote-

rapeuta. Si estás deprimido, no necesitas tener fe; puedes tomar una pastilla. Si aún necesitas la salvación, puedes ir a las catedrales actuales: los centros comerciales del Reino Unido –o como las llama un escritor estadounidense, las armas de consumo masivo–. La religión parece superflua, redundante, que está de más. ¿Por qué, entonces, sobrevive?

Mi respuesta es sencilla. La religión sobrevive porque responde a tres preguntas que toda persona reflexiva se debe preguntar: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo he de vivir? Siempre nos plantearemos estas preguntas porque el homo-sapiens es un animal que busca significados, y la religión siempre ha sido nuestra mayor herencia de significado. Podemos tener la ciencia, la tecnología, el Estado democrático liberal y la economía de mercado como cuatro instituciones que caracterizan la modernidad, pero ninguna de ellas podrá responder a estas preguntas que se plantean los humanos.

La ciencia explica cómo, no por qué. Habla de lo que es, no de lo que debería ser. La ciencia es descriptiva, no prescriptiva; puede informarnos de las causas, pero no de los fines. De hecho, la ciencia niega los fines. Segundo, la tecnología: la tecnología nos da poder, pero ni puede decir ni dice cómo usar ese poder. Gracias a la tecnología podemos comunicarnos instantáneamente con el resto del mundo, pero no nos ayuda a saber qué decir. Y con respecto al Estado democrático liberal, nos da la máxima libertad para vivir comoelijamos, pero la mínima indicación de cómo elegir. El mercado nos da elecciones, pero no nos dice cuáles son las elecciones sabias, buenas o bellas. Por lo tanto, siempre que nos planteemos estas preguntas, tendremos que recurrir a la religión.

La religión no es la única fuente de respuestas; existen otras esferas que las ofrecen, como la literatura. Pero la religión sigue siendo el repertorio principal de aquellas preguntas en busca de significado. El argumento fundamental que postulo en mi libro *The Great Partnership*, subtulado *God, Science and the Search for Meaning*, es que la ciencia y la religión son casos extremos de dos formas diferentes de pensar sobre el mundo. Utilizo una metáfora para explicar esto, y no pretendo plantear nada más que una metáfora porque no se trata de neurociencia exacta –la mente es muy com-

pleja y plástica— pero lo que digo es que la ciencia es el paradigma del pensamiento del hemisferio izquierdo: es atomista, analítico; mientras que la religión es sintética e integradora, un tipo de pensamiento característico del hemisferio derecho. Para resumir 120.000 palabras en una única oración: “La ciencia desmonta las piezas para ver cómo funcionan; la religión las junta para ver qué significan”.

Constituyen dos formas irreduciblemente diferentes de pensar, y en el libro doy muchos ejemplos de otras situaciones donde se muestran dos formas de pensar completamente diferentes. Me refiero al psicopedagogo Jerome Bruner, que escribe sobre la diferencia entre sistemas e historias. O a la neurocientífica Carol Gilligan, que escribe sobre las diferentes formas en que hombres y mujeres piensan sobre la moralidad. Los hombres tienden a pensar en términos atomistas: ¿Cuáles son mis deberes? Mientras que las mujeres tienden a pensar en términos relacionales: ¿Cómo se relacionan entre sí los diferentes personajes involucrados?

Simon Baron Cohen, psicólogo de Cambridge, ha escrito un libro muy interesante titulado *La gran diferencia*, que habla del autismo y de las diferencias entre hombres y mujeres a la hora de relacionarse. También ofrezco ejemplos extraídos de Richard Nisbett sobre las percepciones occidentales y orientales: las diferentes formas en que los chinos, o en general la gente del Este, describen una escena con respecto a cómo la hacen los estadounidenses. Los estadounidenses son muy atomistas, utilizan mucho el hemisferio izquierdo. Los chinos son muy relacionales. Aquí tenemos un único ejemplo proveniente de los manuales de lectura que se dan a los niños en la escuela. El manual de lectura estadounidense dice: “mira como corre Dick”, “mira como juega Dick”, “mira como corre y juega Dick”. El equivalente chino dice: “el hermano mayor cuida del hermano menor”, “el hermano mayor quiere al hermano menor”, “el hermano menor quiere al hermano mayor”: todo gira alrededor de las relaciones.

Esto muestra formas de pensar fundamentalmente diferentes, y la religión y la ciencia son diferentes de modo parecido. El resultado es que para tener una personalidad equilibrada debemos tener dimensiones de significado y dimensiones analíticas y explicativas, y son diferentes. El problema

aparece porque no todo el mundo se da cuenta de la necesidad de mirar con dos ojos, con dos hemisferios, que hay que escuchar en estéreo.

Negar esto conduce a dos posibles falacias. La primera es que la religión constituye la única fuente de verdad máxima y que la religión puede decirnos que la ciencia simplemente se equivoca. La segunda es que la ciencia constituye la verdad última y por lo tanto la ciencia puede decirnos que la religión se equivoca. Ambas constituyen formas de pensamiento falaces.

La religión no es la única fuente de significado, pero sí es una fuente primordial. Como consecuencia, muchos científicos caen en la falacia de argumentar que puesto que la ciencia es la única forma de entender el universo, y puesto que la ciencia no ofrece significados, se deduce como hecho científico que la vida carece de significado.

Así nos topamos con Jacques Monod, por ejemplo, que dice “El hombre debe despertar de su sueño milenario y descubrir su total soledad, su aislamiento fundamental. Debe darse cuenta de que, como un gitano, vive en el límite de un mundo extraño; un mundo sordo a su música y tan indiferente ante sus esperanzas como ante sus sufrimientos y crímenes”. O Steve Weinberg, el físico ganador del premio Nobel que dice que cuanto más comprensible parece el universo, más poco sentido parece tener. Pero esto no son propuestas científicas, es lo que sucede si eres sordo ante el significado. En el judaísmo podemos aceptarlo, pero se considera un estado de ánimo, no una verdad. A continuación muestro algo del judaísmo que suena a Steve Weinberg o a Jacques Monod:

“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. Porque el suceso de los hijos de los hombres, y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad”. (Eclesiastés 1-3)<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Vanidad entendida como algo que es en vano, sin sentido. Según la RAE: caducidad de las cosas de este mundo. Palabra inútil o vana e insustancial.

Pero en el judaísmo tenemos suficiente sentido del humor para decir: “el mal humor se te va a pasar”. Lo podemos aceptar como un estado de ánimo, pero no como una verdad. Y por supuesto a veces los ateos –y me refiero a grandes ateos, a ateos realmente grandes– pueden sonar increíblemente elocuentes. El texto ateo más elocuente que he leído está escrito por Bertrand Russell, que en realidad era un ateo estiloso, un ateo serio, y un pensador que me gusta mucho. Aquí tenemos a Bertrand Russell en un día malo:

“Que el Hombre es el resultado de causas que no previeron el fin al que conducían; que su origen, su desarrollo, sus esperanzas y sus temores, sus amores y sus creencias, no son sino el resultado de ciertas situaciones accidentales de los átomos; que ninguna pasión, heroísmo, intensidad de pensamiento o de sentimiento pueden preservar la vida individual más allá de la tumba; que todo el trabajo de siglos, toda la adoración, toda la inspiración, toda la espléndida luminosidad del genio humano están destinados a extinguirse con la abrumadora muerte del sistema solar, y que todo el templo de las realizaciones del Hombre quedará inevitablemente enterrado bajo los restos de un universo en ruinas; todo esto, aun cuando sea susceptible de discusión, es, sin embargo, casi tan cierto, que ninguna filosofía que lo rechazara podría aspirar a mantenerse en pie. Solo dentro del armazón de estas verdades, solo sobre los firmes cimientos de una completa desesperación, podrá construirse en lo sucesivo, con seguridad, la morada del alma”.

¿Es magnífico, verdad? Pero es posible reescribir este pasaje desde el punto de vista contrario, decir prácticamente lo mismo pero desde una perspectiva completamente teísta. He aquí mi intento de reescribir a Bertrand Russell:

“Que el Hombre, a pesar de ser el resultado de causas ciegas, no es ciego, que al ser creado a semejanza de Dios es más que el resultado de ciertas colocaciones accidentales de los átomos; que al ser libre puede elevarse por encima de sus temores y con la ayuda de Dios crear múltiples oasis de justicia y compasión en la jungla del espacio y el tiempo. Que aunque la vida es corta puede alcanzar la inmortalidad con su pasión y heroísmo, su intensidad de pensamiento y de sentimiento. Que también la humanidad, aunque algún día pueda dejar de existir, puede crear antes de que la noche caiga la espléndida luminosidad del genio humano. Confiando en que, a pesar de que ninguno de nuestra especie existirá para recordar, en la mente de Dios ninguno de nuestros logros

se olvida. Todo esto, aun cuando sea susceptible de discusión, se ha visto probado una y otra vez a lo largo de la historia; nuestra fe nos hace grandes, no tenerla nos hace pequeños. Solo dentro del armazón de estas verdades, solo sobre los firmes cimientos de una completa esperanza, podrá construirse en lo sucesivo, con seguridad, la salvación del alma”.

No he entendido nunca por qué se considera más valiente desesperarse que tener esperanzas. Se necesita coraje para tener esperanzas; no se necesita coraje para desesperarse. Freud dijo que la fe religiosa es la ilusión –la ilusión reconfortante– de que la figura del padre existe. Pero un creyente religioso podría decirle a Freud que el ateísmo es la ilusión reconfortante de que no existe una figura paterna y que puedes hacer cualquier cosa que te apetezca sin que te castiguen. Así que no entiendo por qué el ateísmo se considera más heroico que el teísmo; yo lo llamo sueño de adolescencia.

No obstante, en mi libro he tratado de citar solamente a ateos y agnósticos para mi defensa. Mis argumentos se basan en ateos como Nietzsche, en agnósticos como Wittgenstein, etc. Justo al principio del libro cito a tres pensadores que no se suelen considerar como religiosos: Einstein, Freud y Wittgenstein, quienes dicen que el significado de la vida es idéntico a la cuestión religiosa. Estas son las citas:

Albert Einstein: “Saber y responder a la pregunta, ‘¿Qué significa la vida humana?’ es ser religioso”.

Freud: “La idea de que la vida tenga algún propósito depende del sistema religioso”.

Wittgenstein: “Crear en Dios es ver que la vida tiene un significado”.

Más tarde cito a Tom Stoppard que dijo: “cuando descubramos todos los misterios y perdamos todos los significados estaremos solos en una orilla vacía”. No creo que estemos solos porque no hemos perdido el significado.

También funciona a la inversa: si la fe puede respetar a la ciencia, la ciencia también puede respetar a la fe. Richard Dawkins dice lo siguiente: “Creo

que puede afirmarse que la fe, el principal vicio de cualquier religión, es uno de los mayores males del mundo, comparable al virus de la viruela pero más difícil de erradicar. La fe es la gran evasión”. Sin embargo, Max Planck, ganador del premio Nobel de física y fundador de la teoría cuántica dice: “Cualquier persona que se haya visto seriamente comprometida en algún trabajo científico de cualquier tipo se dará cuenta de que en las puertas de entrada del templo de la ciencia están escritas las palabras: ‘debes tener fe’. Es una virtud de la que los científicos no pueden prescindir”.

Einstein dice algo parecido: “Pero la ciencia puede ser creada solo por aquellos que están totalmente imbuidos de la aspiración hacia la verdad y el entendimiento. Esta fuente de sentimiento, sin embargo, brota de la esfera de la religión. A esta pertenece también la fe en la posibilidad de que las regulaciones válidas para el mundo de la existencia sean racionales, esto es, comprensible a la razón. No puedo concebir un genuino científico sin aquella profunda fe. La situación puede ser expresada con una imagen: la ciencia sin la religión es coja, la religión sin la ciencia es ciega”.

Finalmente, el ateo más convencido del mundo, Nietzsche: “Nuestra fe en la ciencia reposa siempre sobre una fe metafísica; también nosotros los actuales hombres del conocimiento, nosotros los ateos y antimetafísicos, también nosotros extraemos nuestro fuego de aquella hoguera encendida por una fe milenaria”. Así que Nietzsche dice, si no tenemos fe, ¿por qué deberíamos siquiera considerar la verdad como un valor? Si eres político no siempre quieres la verdad, quieres poder. ¿Por qué la verdad debería ser un valor, si no fuera por el hecho de que tenemos fe religiosa? Esta es la opinión de Nietzsche.

Yo creo que necesitamos ambas cosas. Necesitamos la religión y necesitamos la ciencia. Necesitamos la ciencia para explicar el universo y necesitamos la religión para explicar el significado de la existencia humana. Nos arriesgamos a perder mucho si perdemos la fe religiosa. Perderemos nuestro sentido occidental de dignidad humana. Pienso que perderíamos nuestro sentido de sociedad libre. Pienso que perderíamos nuestra concepción de responsabilidad moral. Pienso que perderíamos el concepto de relación sagrada, concretamente el matrimonio, y perderíamos nuestro

concepto de una vida con sentido. Pienso que la creencia religiosa es básica para la civilización occidental y perderemos su verdadera esencia si perdemos nuestra fe.

Lo que no digo es que sea imposible ser un ateo redomado y convencido. Al contrario, mi supervisor de tesis, el difunto Sir Bernard Williams, uno de los mayores filósofos de su generación, era un ateo redomado, un ateo categórico, y yo le respetaba enormemente. No obstante, su visión era básicamente trágica. Realmente creía que la vida no tenía ningún sentido. Pienso que nos ayudó a entender lo que sucedería si Europa perdiera su fe religiosa. En su mejor libro, *Vergüenza y necesidad*, propuso la idea de que Europa hoy –la civilización occidental hoy– se encuentra en el mismo estado básico que los griegos presocráticos. Y podría tener razón.

El año pasado, Ferdinand Mount escribió un interesante libro llamado *Full Circle*, donde sugiere que hemos retrocedido a la situación de la Grecia del siglo III a.C. Para mí, eso tiene mucho sentido; mucho de lo que oímos de filósofos y científicos hoy es muy similar a la posición de los estoicos, los escépticos, los cínicos y los epicúreos. Pero ese lugar no es un sitio alegre en el que estar, porque aunque la gente de la Grecia del siglo III a.C. no lo supiera –es complicado saber que se vive en cualquier año a.C.– a continuación, iba a venir la Grecia del siglo II a.C., que vivió la decadencia, tras lo cual Grecia no sobrevivió como sociedad viva mucho tiempo. Un siglo más tarde había sufrido un eclipse político prácticamente total.

Si la época actual se puede ver como el equivalente a la Grecia del siglo III a.C., entonces estamos viviendo la decadencia de nuestra sociedad, y me temo que esto es lo que ocurrirá si perdemos nuestra fe. No obstante, en *The Great Partnership* he tratado de buscar puntos en común con los ateos, con los ateos serios, con Nietzsche y con otros.

Hay un pasaje que me parece muy relevante en nuestra situación actual. Will Durant, un historiador estadounidense que escribió entre los años treinta y sesenta del siglo XX, publicó un trabajo en once volúmenes titulado *Historia de la Civilización*. De joven, Durant quiso ser cura, pero perdió su fe y, en su lugar, se convirtió en uno de los mayores estudiosos de

la historia de la civilización. En el tomo quinto escribe algo que creo que apunta a donde estamos hoy:

“Las etapas más avanzadas de toda civilización se caracterizan por albergar una cierta tensión entre religión y sociedad; en su punto álgido otorgan a la gente esa cierta unidad moral y de creencias que parece tan propicia para el sentido de Estado y el arte. La religión acaba en una lucha suicida por la causa perdida del pasado. Pues a medida que el conocimiento avanza o cambia continuamente, choca con la mitología y la teología, que cambian con lentitud geológica. En otras palabras, la ciencia avanza más rápido que los rabinos y los curas, ¿tiene esto sentido? Va más rápido, así que no podemos mantener su ritmo. Por ello, el control sacerdotal de las letras y las artes se siente como unas mortificantes cadenas o una barrera odiosa y la historia intelectual adopta la naturaleza de un conflicto entre ciencia y religión. Instituciones que en un principio estuvieron bajo el control del clero, como la ley y el castigo, la educación y la moral, el matrimonio y el divorcio, tienden a escapar del control eclesiástico para convertirse en algo laico, quizá profano. Las clases intelectuales abandonan la teología antigua, y tras algunas vacilaciones, el código moral que lo acompaña. La literatura y la filosofía se vuelven anticlericales. El movimiento de liberación crece hasta un exuberante culto a la razón, y cae al estado de desilusión más paralizante con cada dogma e idea. La conducta, privada de su sustento religioso, se deteriora en un caos epicúreo. Y la propia vida, despojada de la fe consoladora, se convierte en una carga similar a la pobreza consciente y la riqueza cansada. Al final, la sociedad y su religión tienden a caer juntos, como cuerpo y alma, en una armoniosa muerte”.

Esto se escribió a principios de los cincuenta, pero cualquiera que haya estudiado alguna vez la historia de las civilizaciones, ya sea el historiador islámico del siglo XIV, Ibn Khaldun; o el filósofo del siglo XVIII, Giambattista Vico; o incluso ateos como John Stuart Mill o Bertrand Russell; han llegado a esta conclusión: los individuos pueden llevar una buena vida sin la religión –el sentido moral es parte de lo que nos hace humanos– pero no así una sociedad; y la moralidad, en su quintaesencia, es un fenómeno social. Es ese conjunto de principios, prácticas e ideales lo que nos une en una empresa colectiva. El mercado y el Estado podrán estar dirigidos por la persecución de intereses, pero las sociedades se enmarcan en algo mayor y más extensivo, una visión compartida del bien común. Sin ello, las sociedades comenzarán a fragmentarse. La gente comenzará a pensar que la moralidad es cuestión de elección personal. El

sentido de estar unidos –el significado raíz de “religión”– en una empresa mayor comenzará a atrofiarse y la cohesión social se perderá. Occidente está conformado por lo que hoy se denomina la herencia judeo-cristiana, que le dio su configuración única de valores y virtudes. Si perdemos eso, perderemos la civilización occidental como la conocemos desde hace casi dos milenios.

¿Tiene el judaísmo algo concreto que añadir a esto? Una cuestión importante es que casi desde el principio, los rabinos tuvieron la sensación de que la ciencia es una cosa y la religión, otra; y que no chocan. Sencillamente, son cosas diferentes. Esto está bellamente epitomizado en una bendición acuñada por los rabinos hace 2.000 años al ver a un gran científico no judío: “Alabado sea Dios... pues concedió su sabiduría a seres de carne y hueso”.

¿En qué científicos pensaban los rabinos? Eran griegos o romanos pero desde el punto de vista de los rabinos, eran paganos que se oponían a todo lo que significaba el judaísmo. Sin embargo, fueron los propios rabinos los que acuñaron esta bendición agradeciendo a Dios por estos científicos, diciendo, en otras palabras, “Pensamos diferente a vosotros, hemos luchado contra vosotros, pero aun así respetamos vuestra destreza científica y por ello elevamos una bendición agradeciendo a Dios vuestra existencia”. Reconocer la integridad autónoma y la dignidad religiosa de la ciencia es algo importante que debe hacer la religión.

Los judíos están demasiado acostumbrados a los argumentos. Todos los textos canónicos del judaísmo son antologías de argumentos. Por lo tanto, si confiamos en nuestra fe, no tenemos nada que temer ante los hallazgos de la ciencia y los desafíos del ateísmo. En 2010 hice un programa de televisión en el que mantenía una serie de conversaciones con cuatro no creyentes, tres de ellos judíos: Howard Jacobson, Alain de Botton y Lisa Jardine (el cuarto era el neurocientífico y catedrático de Oxford, Colin Blakemore). Estos encuentros tenían algo que, de alguna forma, ampliaba perspectivas: sinceros, abiertos, serios y cívicos.

De la misma forma, valoraba mi amistad con el fallecido Sir Isaiah Berlin, un judío laico. La primera vez que vino a nuestra casa dijo, “Gran Ra-

bino, haga lo que haga, no me hable de religión: cuando se trata de Dios, estoy sordo como una tapia”. Luego dijo, “lo que no entiendo es cómo usted, habiendo estudiado filosofía en Cambridge, puede creer”. Y yo le dije, “Isaiah, si le ayuda, piense en mí como en un hereje no practicante”. Y él respondió, “entiendo, querido amigo, entiendo”.

En 1997 publiqué un libro llamado *The Politics of Hope*, en el que argumentaba que el mundo había avanzado desde la gran conferencia de Isaiah Berlin de 1957, “Dos conceptos de libertad”, y que la amenaza para la libertad ahora era otra: no era el totalitarismo, sino la decadencia moral interna de las sociedades libres. Le pregunté si podía ser tan amable de echarle un vistazo a mi libro, porque deseaba saber su opinión. Me dijo que se lo enviara y que me diría lo que pensaba. Pasaron los meses y no supe de él, así que llamé a Headington House. La señora Berlin atendió el teléfono y dijo, “Gran Rabino, Isaiah justo hablaba de usted”. Los rabinos no solían ser el tema de conversación habitual de Isaiah Berlin, así que le pregunté que en qué contexto me había mencionado, y me dijo: “Isaiah le acaba de pedir que oficie su funeral”. Estaba claro que Isaiah lo sabía. Cuatro días más tarde murió y oficié su funeral. Su biógrafo, Michael Ignatieff, me preguntó por qué Isaiah, un judío laico, quiso un funeral religioso. Yo le dije –espero no haberme equivocado– que puede que Isaiah fuera un judío laico, pero que además era un judío leal. Así que sentía una gran afinidad con él a pesar de que su visión religiosa difiriera de la mía.

Esta sensación de afinidad por encima de diferencias ideológicas es el equivalente judío de la maravillosa idea británica de “cenar con la oposición”, la capacidad de mantener amistades personales incluso cuando se albergan visiones opuestas. Este vínculo humano se pierde cuando los líderes religiosos y los científicos se lanzan insultos, vilipendiando y tergiversando las visiones contrarias. Eso no puede ser bueno para la religión o para la ciencia o para el futuro de la humanidad que compartimos.

Así que regreso al principio, con Robert Putnam. Putnam argumenta en su libro *American Grace*, que lo que marca la diferencia para las personas, lo que los convierte en buenos ciudadanos y vecinos, es la pertenencia

cia a una comunidad, más que las creencias de las personas. Escribe que es más probable que un ateo que acuda regularmente a una sinagoga o iglesia sea mejor persona que un creyente religioso que nunca se haya unido a una comunidad.

No deja de sorprender que los rabinos ya hubieran sugerido algo parecido. Un texto rabínico famoso recita las siguientes palabras de Dios: “Preferiría que no creyesen en Mí pero que estudiaran la Torá. Porque si estudian la Torá, su luz los guiará de vuelta a Mí”. Se trata de una declaración bastante radical, y supone una base sobre la que un creyente y un no creyente pueden unir sus manos en amistad. La socióloga de la religión Grace Davie dijo sobre el cristianismo británico que consiste en creer sin pertenecer. La comunidad judía tiende a ser lo contrario: pertenecer sin necesariamente creer. Ahora sabemos, gracias a Robert Putnam, que la pertenencia es lo que marca la diferencia.

Una vez definí la fe como la redención de la soledad. Santifica las relaciones, construye comunidades, y desvía nuestra atención fuera de nosotros mismos, a los demás, lo que da resonancia emocional al altruismo y energiza a los mejores ángeles de nuestra personalidad. Estos son algunos de los dones de nuestro encuentro con la trascendencia, y ya sea el amor a la humanidad lo que conduzca al amor a Dios, o viceversa, sigue siendo la fuerza gravitacional necesaria que impide que cada uno de nosotros se desvíe a órbitas independientes, ligándonos en su lugar a la miríada de formas de la beatitud colectiva. Una sociedad sin fe es como una sociedad sin arte, música, belleza o gracia, y ninguna sociedad sin fe podrá pervivir durante mucho tiempo.

## **PALABRAS CLAVE**

Religión • Sociedad civil • Valores occidentales • Ciencia • Pensamiento humanista-cristiano

## **RESUMEN**

A pesar de que la religión es criticada por muchos intelectuales, esta resulta ser el mayor factor de cohesión para una sociedad, fomentando el altruismo y la integración en ella. El autor defiende que religión y ciencia se complementan, y nos ayudan a reflexionar de una manera más precisa sobre nuestra existencia y nos aportan las claves para un mayor desarrollo personal y social. Por todas estas cuestiones, la religión, lejos de perder importancia, se muestra como una garantía para afrontar el futuro.

## **ABSTRACT**

*Even though religion is criticised by many intellectuals, it is actually society's greatest cohesive factor, promoting altruism and integration. The author defends the idea that religion and science complement each other, helping us think about our existence in a more accurate manner while delivering the means to achieve a greater personal and social development. For all these reasons, religion, far from losing importance, is revealed as a guarantee for facing the future.*